**CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA CON MOTIVO DEL ENVÍO DE LOS MINISTROS EXTRAORDINARIOS DE LA COMUNIÓN Y RESPONSABLES DE LAS ASAMBLEAS DOMINICALES**

**S.A.I. Catedral, 16 de junio de 2018**

El Señor quiere que el hombre se sacie de sus dones para que crezca en él el espíritu y el deseo de santidad. El don más precioso que nos ha dado el Señor es su Hijo Jesucristo que, encarnado en el seno virginal de María, nos redimió por su muerte y resurrección. Jesús entregó en la cruz el don del agua bautismal que limpia al hombre del pecado y la sangre de la eucaristía que le da la nueva vida y lo alimenta.

El deseo de Jesús es atraer a todos los hombres para saciarlos, para llenarlos de su gracia y de su amor de modo que crezca en ellos la auténtica vida. Es difícil explicar a los hombres de hoy estos dones espirituales porque su pensamiento está en la onda del bienestar puramente material. Pero como cristianos, discípulos de Cristo estamos obligados a llevar el don de Cristo a todos los hombres para que todos conozcan la salvación y vivan.

 “Dadles vosotros de comer”. Estas palabras con las que Jesús ordena a sus discípulos socorrer el hambre corporal de aquella muchedumbre que lo seguía resuenan hoy en la Iglesia como un mandato del Señor a todos los que queremos ser sus discípulos y apóstoles. El Señor nos manda dar a los hombres de hoy, hastiados de tanta materialidad y superficialidad, hedonismo y corrupción, el don de su Palabra que da luz, consuela y alimenta el espíritu. Y el don de su Cuerpo y Sangre que alimenta la vida nueva que el cristiano ha recibido en el bautismo.

La eucaristía, presidida por el sacerdote, es la fuente y la cima de la vida cristiana. Es la vida de la Iglesia y sin ella nuestros trabajos apostólicos serán estériles. La Eucaristía es el mayor don que la Iglesia puede ofrecer al mundo porque es la presencia real de Cristo resucitado. La Eucaristía es el bien común de todos los cristianos en el que están llamados a participar plenamente todos los que estén dignamente preparados para recibir al Señor.

Quien recibe en su corazón el don de la Palabra y la Eucaristía, recibe el amor divino que lo impulsa lo capacita para amar al prójimo como Dios mismo lo ama. Recibe la fuerza espiritual, que es la gracia, para amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como el Señor lo ama. La fraternidad cristiana no es fruto de un pacto, de una alianza o de un consenso entre nosotros. Es fruto de la Palabra de Dios y de la Eucaristía que como la lluvia cuando cae a la tierra no vuelve al cielo vacía sino que hace germinar la tierra. El amor fraterno es fruto de la acogida sincera y en las debidas condiciones de la Palabra de Dios y de la comunión eucarística.

En nuestra diócesis muchos hermanos, dispersos por las distintas parroquias o en las residencias de ancianos, están deseando que alguien les lleve la Palabra de Dios y la eucaristía para saciarse de los bienes del Señor. Hasta ahora lo han hecho los sacerdotes porque, ciertamente, al ministerio sacerdotal está reservada la predicación de la Palabra en la homilía y la presidencia de la celebración eucarística y la consagración de las sagradas especies. Esto seguirá siendo así porque así lo dispuso el Señor. Pero hoy necesitamos de vosotros, queridos hermanos seglares y consagrados para llevar el sagrado alimento a los hermanos impedidos. En los primeros años del cristianismo encontramos el testimonio del martirio de San Tarsicio, aquel niño romano que, después de participar en una Misa en las [catacumbas de San Calixto](https://es.wikipedia.org/wiki/Catacumbas_de_San_Calixto) fue comisionado por el obispo de Roma, [Sixto II](https://es.wikipedia.org/wiki/Sixto_II), para llevar la [eucaristía](https://es.wikipedia.org/wiki/Eucarist%C3%ADa) a los cristianos que estaban en la cárcel, prisioneros por proclamar su fe en [Cristo](https://es.wikipedia.org/wiki/Cristo). Por la calle se encontró con un grupo de jóvenes paganos que le preguntaron qué guardaba bajo su manto. Tarsicio se negó a decir lo que llevaba, y los otros lo atacaron con piedras y palos. El joven prefirió morir antes que entregar lo que él consideraba un tesoro sagrado. Recuerdo la primera impresión que me produjo este relato cuando lo escuché por primera vez en la catequesis de mi pueblo de labios de un venerable sacerdote. ¡Qué conciencia más profunda tenía el niño Tarsicio de lo que llevaba entre sus manos! ¡Qué valentía y que amor tan grande demostró por Cristo eucaristía!

Queridos ministros extraordinarios de la eucaristía y responsables de las asambleas dominicales: Sed como Tarsicio, tomad profunda conciencia de lo que hoy la Iglesia os encomienda para el bien del Pueblo de Dios. Como aquel niño tendréis en vuestras manos el Cuerpo y la Sangre de Cristo consagrado por el sacerdote para llevarlo a los hermanos impedidos que no pueden participar en la celebración de la eucaristía por cualquier motivo. No lleváis una cosa más, sino el Cuerpo y la Sangre del Señor, alimento espiritual y fuerza para los débiles. Tratadlo bien que, como decía San Juan de Ávila, “es hijo de muy buen Padre”. Haceos dignos de llevar al Señor en vuestros labios y en vuestras manos con una conducta ejemplar tanto en la vida personal como en la familiar y social. Que se vea en vuestra actitud y en vuestro comportamiento que la Palabra que lleváis y la eucaristía ha producido abundantes frutos de amor fraterno en vosotros.

Espero que vuestro ministerio extraordinario como laicos os haga más conscientes de vuestra misión como laicos, es decir, como cristianos que estás en el mundo para ordenar las cosas según Dios. Benedicto XVI nos hablaba en su Exhortación *Sacramentum Caritatis* de la forma eucarística de la vida cristiana. Y afirmaba: “El culto agradable a Dios se convierte así en un nuevo modo de vivir todas las circunstancias de la existencia, en el que cada detalle queda exaltado al ser vivido dentro de la relación con Cristo y como ofrenda a Dios. La gloria de Dios es el hombre viviente (cf.*1 Co*10, 31). Y la vida del hombre es la visión de Dios.

Que la Santísima Virgen María, primera portadora del Hijo de Dios en su seno interceda por nosotros para que como ella sepamos llevar a Cristo a los demás, especialmente a nuestros hermanos enfermos, presos, ancianos o impedidos por cualquier circunstancia.

† Juan Antonio, obispo de Astorga